

ENSAYO

HAYEK: EL ORDEN ESPONTÁNEO EN LAS SOCIEDADES POST COMUNISTAS EN TRANSICIÓN*

John Gray

A partir de una revisión de la contribución del análisis de Hayek sobre las funciones epistémicas de las instituciones de mercado, que lo llevó a plantear que la planificación centralizada presentaba problemas de conocimiento insuperables, John Gray se pregunta, sin embargo, si la teoría del orden espontáneo propuesta por Hayek ofrece verdaderamente pautas para que las sociedades post comunistas puedan avanzar hacia una sociedad civil basada en el mercado.

El modelo hayekiano del surgimiento espontáneo de las instituciones de mercado —señala Gray— está basado en la sociedad inglesa, por siglos una nación estable, donde los derechos de propiedad y las libertades contractuales adquirieron su sentido a través de la lenta evolución del derecho consuetudinario. Ocurre, sin embargo, que ninguna de las sociedades post comunistas se encuentra en situación análoga. Según Gray, el modelo de Hayek es, en buenas cuentas, una suerte de anarquía benigna, en la que falta la indispensable e ingrata

JOHN GRAY. Ph. D., Universidad de Oxford. Profesor del Jesus College, Universidad de Oxford. Es autor de numerosos artículos en revistas especializadas y varios libros, entre los que cabe mencionar: *Hayek on Liberty* (2da. edición, 1986); *Liberalism* (1986); *Limited Government: A Positive Agenda* (Londres, 1991) y *The Moral Foundations of Market Institutions* (Londres, 1992). Sus ensayos "Los liberalismos de Mill y los otros", "El derecho, la libertad y la asociación civil en Oakeshott" y "La libertad, los derechos y la justicia en Hayek", se encuentran en los números 37, 45 y 46, respectivamente, de *Estudios Públicos*.

* Versión revisada del trabajo presentado en el seminario "El significado de la obra de Friedrich A. von Hayek", que organizara el Centro de Estudios Públicos los días 4 y 5 de agosto de 1992. Traducido del inglés por el Centro de Estudios Públicos.

coacción organizada. En la práctica —concluye el autor—, en las sociedades post comunistas la paz civil dependerá del arte de gobernar y del arte político, no de la redacción de constituciones. Si se trata de construir una utopía neoliberal, los Estados post-comunistas no van a tener éxito donde otros han fracasado.

I

En este último período, que comienza en 1985 con la inauguración pública de la *glasnost* soviética, la historia ha reivindicado el análisis que hizo Hayek sobre la planificación centralizada del socialismo.¹ Su colega Ludwig von Mises² había sostenido que la supresión de los precios del mercado, concomitante a la planificación centralizada, imponía a las instituciones encargadas de realizarla una tarea de cálculo imposible de efectuar. En toda compleja economía moderna, en la que los precios de mercado son efímeros y dinámicos debido a los cambios en las preferencias, escaseces relativas y tecnologías disponibles, los problemas computacionales que enfrenta una autoridad de planificación, al tratar de capturar en fórmulas matemáticas los miles de millones de transacciones que de otro modo habrían ocurrido en los mercados, son insolubles. Para Mises, en consecuencia, el socialismo, con la planificación total de la vida económica y la consiguiente eliminación de la propiedad privada y de los precios de mercado, era una imposibilidad computacional. O, expresado en forma más precisa, quizás, las instituciones socialistas de planificación jamás podrían llegar a tener éxito y sólo terminarían en un caos computacional. Sin embargo, Hayek percibió algo que Mises no vio: que los problemas epistémicos de la autoridad socialista de planificación no eran ni única ni principalmente cuestiones de cálculo, sino de conocimiento. Para Hayek, los precios de mercado constituyen un dispositivo epistémico, un proceso de descubrimiento que pone a disposición a los agentes económicos un saber que está disperso en la sociedad y que ninguna autoridad de planificación central puede reunir. Este conocimiento suele ser de carácter local, efímero y circunstancial, desactualizado ya al momento de reunirse; con frecuencia se trata de un conocimiento práctico, incorporado en destrezas y aptitudes

¹ Friedrich A. von Hayek, *Individualism and Economic Order* (Londres y Henley: Routledge y Kegan Paul, 1976), capítulos II, IV, VII-IX.

² La aportación de Mises al debate del cálculo se analiza bien en D. Lavoie, *Rivalry and Social Planning: the Socialist Calculation Debate Reconsidered* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985).

que a sus dueños y usuarios les es a menudo imposible expresar; otras veces es un conocimiento adquirido por la vía de la percepción empresarial. Debido a su naturaleza misma, este saber disperso no lo puede reunir en forma íntegra una entidad sola. Por tanto, el órgano socialista de planificación carecía del conocimiento indispensable para cumplir de una manera razonable, en términos de costo-efectividad, las tareas que le fijaban las autoridades políticas. Este podía intentar usar los precios que surgían en mercados paralelos, ya fueran negros o grises, o en mercados históricos o mundiales, para dar a sus actividades un cariz de racionalidad; pero dichos intentos irían acompañados inevitablemente de un inmenso desperdicio y de errores en la asignación de los recursos, incluso medidos contra las metas de los propios planificadores. El resultado que predijo el análisis teórico de Hayek, respecto de los problemas insuperables de conocimiento que enfrentaba la planificación central socialista, eran el caos económico, el empobrecimiento general, el desperdicio y las malas inversiones en escala colosal.

Hayek ganó las batallas intelectuales de los años treinta y cuarenta, en las que los economistas socialistas procuraron, sin éxito, desarrollar modelos —en especial el de Lange-Lerner de "socialismo competitivo"— que simulaban los procesos del mercado mediante la creación de precios sombra. A la vez, sin embargo, debido en parte a que la presentación del así llamado "debate del cálculo económico bajo el socialismo" fue recibida en los círculos académicos a través de la obra de Joseph Schumpeter,³ esa victoria intelectual pasó inadvertida y sus argumentos quedaron marginados en un segundo plano. En consecuencia, la totalidad de la opinión occidental, expresada en los textos de economía de Samuelson y otros, en el periodismo especializado y en los análisis de inteligencia, propagó la idea de que las economías soviéticas eran casos exitosos que generaban (en la República Democrática Alemana) estándares de vida muy por encima a los de varios países de Europa occidental y, en la propia URSS, servicios sociales y de salud de nivel superior, además de un alto grado de innovación tecnológica. Esta versión, por cierto, era un absurdo a los ojos de cualquiera que hubiera vivido en sociedades estructuradas a la manera soviética, pero esas experiencias se pasaron por alto y nadie escuchó sus voces. La difusión de las pruebas que confirmaron el análisis de Hayek se debió a elementos de la propia élite soviética y no a ninguna vertiente de opinión occidental.

La *glasnost* soviética y la reunificación de Alemania pusieron en evidencia que las condiciones de vida en Rusia y en muchas partes de la Unión Soviética eran tan insatisfactorias como en muchos países del Tercer

³ Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy* (Londres, 1954).

Mundo, o aun peores; maquinaria industrial antigua y obsoleta; técnicas contables y estadísticas semejantes a los mundos surrealistas imaginados por Borges; servicios médicos inservibles, servicios sociales inexistentes, disposiciones insuficientes respecto de la seguridad industrial o los accidentes del trabajo, y condiciones de vivienda catastróficas; junto con una degradación del ambiente natural, en muchos puntos de la Unión Soviética rayana en lo apocalíptico. Las condiciones, desde luego, variaban en distintas partes del antiguo bloque soviético. En Rusia, por ejemplo, el cuadro se complicaba notablemente por el hecho de que el sector estratégico-militar de la economía, que absorbía probablemente entre cuarenta y sesenta por ciento de los recursos, era mucho menos ineficiente que la economía civil y a veces producía artículos (como los aviones Mig-29) superiores a los que existían en Occidente. Además, como lo señaló Michael Polanyi en su crítica de Hayek,⁴ en todas partes las imposibilidades epistémicas de la planificación centralizada hicieron que las instituciones (incluso las burocracias de planificación) siguieran su propio camino, reinventando mercados (a menudo de trueque) y simulando con ello, a nivel rudimentario, las instituciones de mercado occidentales. A decir verdad, nunca hubo planificación centralizada, pero la pugna por imponerla condujo en todas partes al mismo resultado: la ruina económica, moderada solamente por la corrupción, el resurgimiento de los mercados y (en el sector estratégico-militar soviético) la simulación de instituciones de mercado.⁵

El planteamiento de Hayek sobre las funciones epistémicas de las instituciones del mercado y los insuperables problemas de conocimiento que afectan a la planificación centralizada se basó en el análisis anterior de Mises, pero fue sobrepasado por el estudio más profundo de Polanyi, quien demostró que el intento de planificar en su totalidad la vida económica conducía al desperdicio del saber tácito incorporado en los procesos de mercado, así como el proyecto de planificar la ciencia condujo no al crecimiento del saber científico, sino al agotamiento del conocimiento tácito del que dicho crecimiento depende. Hayek hizo, con todo, un análisis extraordinario, que bien justifica su categoría de héroe intelectual en las tierras post

⁴ Michael Polanyi, "The Span of Central Direction", *The Logic of Liberty* (Chicago: University of Chicago Press, 1951). El análisis de Polanyi se desarrolla en Paul Craig Roberts, *Alienation and the Soviet Economy: The Collapse of the Socialist Era*, 2a ed. (Nueva York y Londres: Holmes and Meier, 1990).

⁵ En mi monografía "The Strange Death of Perestroika: Causes and Consequences of the Soviet Coup", *European Security Studies* 13, Londres, Institute of European Defence and Strategic Studies, 1991, analizo esta simulación de instituciones de mercado en el complejo estratégico-militar soviético.

comunistas. Dio una acabada explicación teórica del fracaso de la planificación centralizada y expuso las razones por las que cabía prever el colapso de las instituciones encargadas de llevarla a efecto. La pregunta que quiero hacer aquí es la siguiente: ¿ofrece pautas el pensamiento de Hayek para que las sociedades post comunistas puedan realizar la difícil transición desde sus instituciones derrumbadas a la sociedad civil basada en el mercado?, ¿contiene su análisis los medios para guiar la transición desde las ruinas heredadas de la planificación centralizada del socialismo hacia una economía de mercado estable? Dando aquí sólo la conclusión de mi argumento, respondo que no. Contrariamente a lo que sostienen los neoliberales en Occidente, el intento de encarnar los conceptos hayekianos en las políticas va resultar en un verdadero desastre virtualmente en todas las sociedades post comunistas, y ocasionará profundos trastornos económicos y gran turbulencia política. Aumenta la ironía el hecho de que la opinión neoliberal occidental aconseja hoy a los Estados post comunistas que adopten las recetas políticas de Hayek, en el preciso momento histórico en que los proyectos de reforma del mercado inspirados en dichos conceptos están sujetos al fracaso o al abandono en muchos países occidentales.

La pertinencia del pensamiento hayekiano para los problemas que enfrentan las sociedades post comunistas tradicionales se puede analizar en dos planos: teórico y práctico. En el plano teórico, la crítica que hace Hayek de la planificación centralizada va unida a una crítica más amplia del racionalismo constructivista y a la idea de que hay un orden espontáneo en la sociedad. En su obra posterior, la idea del orden social espontáneo se vincula con una teoría de darwinismo institucional, o de evolución cultural, que en muchos aspectos recuerda a la filosofía sintética de Herbert Spencer. De estos conceptos, ninguno resiste un examen crítico, especialmente cuando se combinan (como aparecen en los escritos posteriores de Hayek) para entregar una visión global del mundo. Consideremos la teoría de la evolución cultural, en la obra posterior de Hayek.⁶ Esta teoría sostiene que entre los grupos sociales humanos existe una suerte de selección

⁶ La teoría de Hayek sobre la evolución cultural se expone de manera muy explícita en su último libro, *The Fatal Conceit*. [Versión en castellano: *La fatal arrogancia: Los errores del socialismo* (Madrid: Coedición para Chile de Unión Editorial y Centro de Estudios Públicos, 1990)].

natural, de acuerdo con las prácticas y tradiciones particulares que los distinguen. Hay, por ejemplo, una selección natural entre religiones, según la cual las que prevalecen son aquellas que gozan de una ventaja darwiniana en virtud de su adhesión a las instituciones de la familia y de la propiedad privada, la que a su vez hace crecer la cantidad de adherentes. En esta postrer teoría hayekiana de la evolución cultural hay varias dificultades, algunas de ellas fatales. No conocemos ningún "mecanismo" de evolución cultural que sea análogo al de la selección ambiental de mutaciones genéticas aleatorias que aparecen en la teoría biológica de Darwin. Tal vez sea efectivo que aquellas religiones que apoyan las instituciones promotoras de la fertilidad humana tengan una ventaja comparativa respecto a las que no lo hacen; pero, en términos históricos, el factor decisivo que explica el éxito de ciertas religiones y el fracaso de otras no está en las propiedades darwinianas de unas y otras sino en la habilidad o suerte que tengan para acceder al poder del Estado, y del uso despiadado que hagan de ese poder para eliminar a sus rivales. No se detecta en la historia de las religiones ningún mecanismo identificable de evolución cultural, sino sólo las contingencias de la fortuna política. En este respecto, como en otros, en los escritos tardíos de Hayek hay un desdén por la contingencia histórica, similar al que exhibe el marxismo. La nariz de Cleopatra ofrece una mejor pauta de las vicisitudes de la historia humana que la evolución cultural hayekiana.

La teoría de la evolución cultural no sólo carece de mecanismo; tampoco especifica una "unidad". En la biología neodarwiniana, la unidad no es la especie, ni siquiera el individuo, sino el gen o su linaje. ¿Cuál es la unidad correspondiente en la evolución cultural? Es sabido que los grupos sociales, sus prácticas y tradiciones, son particularmente difíciles de individualizar. Hayek enfrenta aquí un problema parecido al del funcionalismo en la teoría social: el problema de individualizar el sistema social. Un sistema social se puede describir, en teoría, como un todo equilibrado, homeostático, cuyo comportamiento es inteligible a la luz de sus tendencias autorreguladoras. Pero los sistemas sociales colapsan, así como los organismos perecen; ¿cuál es la modificación que viene a equilibrar el sistema social, y cuáles son los síntomas de su desintegración? Sólo si ya hemos especificado satisfactoriamente el propio sistema social podremos pretender dar una respuesta a estas preguntas. ¿Cuál es, en todo caso, la "medida" de la evolución cultural y cuál es su "criterio"? Hayek no parece distinguir entre estas dos interrogantes. Nos dice que el éxito de un grupo o de un conjunto de instituciones debe apreciarse en relación la población humana que sostiene, pero este es un criterio de evolución cultu-

ral muy indefinido. ¿Está la prueba en el tamaño real de la población humana que sostiene un conjunto de instituciones, o en la capacidad de carga de este conjunto, es decir, la población humana que un sistema dado de instituciones productivas "podría" sostener? ¿Y en qué lapso y a qué nivel de bienestar? Las instituciones de mercado de la sociedad industrial avanzada bien pueden sostener vastas poblaciones a un nivel de vida elevado, pero, debido a sus secuelas ecológicas o a su virtuosismo en la producción de armas de destrucción masiva, sólo podrá hacerlo por lapsos cortos; en cambio, las poblaciones más pequeñas de las culturas aborígenes, con técnicas neanderthalescas, pueden resultar capaces de reproducirse durante decenas o centenas de milenios. ¿Cuál de las dos pasa mejor la prueba de Hayek? ¿Y, por último, qué es lo que pretende establecer la prueba de población?

Estas preguntas, imposibles de contestar en la teoría de evolución cultural que se propone en la obra posterior de Hayek, rondan la idea misma del orden espontáneo. Esta noción, según se la usa en los escritos de liberales clásicos recientes, influidos por Hayek, no tiene un sentido único, claro, ni coherente, sino que es más bien una fusión ecléctica de varias tesis diferentes, muchas de las cuales son dudosas o bien abiertamente falsas. Es preciso separar estos distintos elementos antes de poder determinar qué es lo que queda de esta idea, si es que algo queda, que sea útil o válido. Comencemos con una observación simple. En la obra posterior de Hayek los órdenes espontáneos aparecen no sólo en las sociedades humanas sino también en la vida de otras especies y en fenómenos naturales, como las galaxias, las limaduras magnéticas, los cristales, etc. No queda claro lo que se entiende aquí por orden, aparte de una estructura autorreplicadora de algún tipo; pero está claro que el término "orden espontáneo" se emplea de una manera valóricamente neutra, como una clave explicativa para toda especie de sistemas autorreguladores. No obstante, si el orden es una idea despojada de valores, entonces los órdenes espontáneos pueden ser benéficos en la sociedad humana, como no serlo: basta con que carezcan de diseño, que sean relativamente estables, se reproduzcan en el tiempo, y así sucesivamente. Las mafias, y no sólo los mercados, valdrán como órdenes espontáneos: el orden espontáneo surgirá dondequiera aparezcan convenciones que coordinen las actividades humanas, de modo que su calidad de regulares y predecibles se intensifique. El surgimiento de las convenciones es un fenómeno que permea las interacciones humanas y se produce en los campos de batalla, las prisiones y los campos de concentración, en las relaciones entre pandillas criminales y en las guerras de precios entre empresas rivales. Si la idea del orden

espontáneo forma parte de la ciencia positiva y tiene aplicación cada vez que las actividades humanas se coordinan mediante el surgimiento de convenciones y no por intención, voluntad ni plan humanos, entonces se trata de una idea moralmente vacía, sin afinidad especial con la teoría de una sociedad libre. Los rasgos del mundo social que describe son universales y ubicuos; se presentan tanto en las tiranías como en las sociedades civiles liberales.

En la obra de Hayek, por cierto, la idea del orden espontáneo no se usa en todo momento como una clave explicativa de valor neutro, ni como aspecto de un programa de investigación en teoría social positiva. Dicha noción tiene un claro contenido normativo. Esto deriva de la visión de Mandeville, en el sentido de que los vicios privados pueden rendir beneficios públicos, y de la percepción de Smith de que los intercambios voluntarios, en particular cuando se repiten a menudo, no son transacciones típicas de suma cero, sino intercambios que acarrearán beneficios para todas las partes. Lo que aquí se deduce es, por lo tanto, que toda vez que la vida económica se conduce por medio de una red de intercambios voluntarios, el bienestar de todos se verá incrementado. Es más, la idea del orden social espontáneo se apoya aquí en los argumentos epistémicos de Hayek contra la planificación centralizada cuando insinúa que la coordinación de actividades humanas que se produce dentro de una red de intercambios voluntarios va a ser superior a cualquiera otra que se pudiera obtener en virtud de la intencionalidad humana o la planificación global, racional. Se observa que la idea del orden espontáneo es en este aspecto una clave del proceso de mercado, aquel extenso nudo de intercambios voluntarios en que las actividades humanas se coordinan sin la intervención de ninguna autoridad de planificación. Sin embargo, debemos señalar de inmediato un punto crítico: los intercambios en el mercado poseen las cualidades benéficas que se les atribuyen en el concepto hayekiano del orden espontáneo, sólo en la medida en que su calidad de transacciones voluntarias esté garantizada por una estructura de instituciones (propiedad privada, libertad contractual y prohibición de la coacción extrajudicial) contempladas en la ley. La infraestructura jurídica de las instituciones de mercado, que define y protege las condiciones del intercambio voluntario, es la que asegura el efecto benéfico del orden espontáneo en el proceso de mercado. Sin la matriz de la ley y, por consiguiente, sin los derechos exigibles relativos a la propiedad y a las condiciones del contrato, el proceso de mercado, en cuanto orden espontáneo, tiene la misma probabilidad de ser benéfico que la mafia.

El error central del concepto de orden espontáneo que ofrece Hayek,

que se repite en el uso que hacen de él sus seguidores libertarios y liberales clásicos, está en que se generaliza indebidamente, puesto que, a partir de las propiedades benéficas de los procesos de mercado, en cuanto sistemas de intercambios voluntarios amparados por el marco jurídico de las instituciones de mercado, se atribuye a esos mismos ordenamientos jurídicos el carácter de órdenes espontáneos. La verdad es, precisamente, lo contrario: salvo en presencia de un sistema legal que garantice el intercambio voluntario, no hay motivo para suponer que los órdenes espontáneos han de ser benéficos. Es más, aquellos procesos de mercado rudimentarios que pudieran existir en ausencia de dicho marco jurídico tienen la misma probabilidad de ser explotadores e intimidatorios como de ser para las partes recíprocamente benéficos. Tampoco, y aquí volvemos a los errores de la teoría hayekiana de la evolución cultural, existe razón alguna para suponer que la evolución de los sistemas jurídicos va a favorecer sistemáticamente a las instituciones de mercado en cuanto sistema de intercambios voluntarios. La evidencia histórica da a entender lo contrario: las reglas jurídicas —que son las del juego de mercado— se convierten en objetos de los depredadores políticos, y el ordenamiento jurídico de las instituciones de mercado se conforma según los requerimientos de las coaliciones de grupos de interés colusionados. La idea que propone la teoría hayekiana, de que existe una selección evolutiva de reglas jurídicas, o de sistemas de dichas reglas, que actúa en favor de aquellas que mejor promueven las propiedades voluntaristas de las instituciones de mercado, es una ilusión tan sin fundamento y tan peligrosa como la ilusión paralela de que las sociedades libres, en competencia con sociedades no libres, tienen que ganar.

La historia sugiere otra cosa: que la competencia por el capital y las aptitudes entre jurisdicciones quedará impedida, probablemente, por la mortal rivalidad de la guerra. En efecto, la guerra malogrará los mecanismos de emulación y migración en que se basan la escuela escocesa y Hayek para suponer que las economías de mercado que han sido exitosas van a tener un "efecto de demostración" que conducirá a su imitación. De ahí que el lado oscuro de la escuela escocesa, el temor republicano civil de que la sociedad comercial debilite el espíritu marcial y se haga vulnerable a la barbarie militar, en tanto que las pasiones desencadenadas por la civilización comercial pueden expresarse con la misma facilidad tanto en envidia destructiva como en emulación benigna. Esta sombría posibilidad, anunciada ya en Ferguson y aun en Smith, aparece mucho más próxima a la realidad histórica que las armonías panglosianas de la teoría de Hayek.

¿Qué queda, pues, de la idea del orden espontáneo? Y ¿qué utilidad tiene, si es que la tiene, para las sociedades post comunistas en transición? Por el lado negativo, significa —sin duda, correctamente— que toda economía moderna es, por necesidad, policéntrica; sus actividades son coordinadas principalmente por las instituciones del mercado y no por un plan global. Como lo destacó Polanyi,⁷ la opción no se da entre instituciones de mercado y planificación centralizada, puesto que ésta es imposible y, en efecto, la planificación centralizada soviética fue siempre ilusoria. La opción se da únicamente entre condiciones de mercado mejores y peores. Y este asunto, el "debate de sistemas" entre la planificación centralizada y las instituciones de mercado, es lo que la historia resolvió decisivamente.

Esto no quiere decir que las instituciones de mercado se autorregulan infaliblemente, que en ellas la descoordinación es siempre consecuencia de factores exógenos como la intervención estatal, cosa que Hayek, al parecer, a veces insinúa. Como ha sostenido G. L. S. Shackle,⁸ los procesos de mercado están expuestos a sufrir descoordinaciones endógenas, a veces de proporciones macizas, y en tales circunstancias será necesaria una política macroeconómica por parte del gobierno. El "argumento del cálculo" señala que la planificación centralizada es imposible, no que el *laissez faire* sea inevitable ni superior. Por el lado positivo, da a entender que toda sociedad humana se mantendrá unida en sus actividades gracias al surgimiento de convenciones, normas no intencionales de conducta que otorgan a las interacciones humanas una medida de predictibilidad. Con un sesgo más especulativo, propone que la estabilidad de todas las instituciones humanas, en la medida en que son estables, dependen de un nexo subterráneo de ajustes e intercambios, que no aparece en la superficie visible de las instituciones, pero que es indispensable, sin embargo, para su identidad y estabilidad. Esta última es una verdad importante, pero vale para todas las sociedades, no única ni especialmente para las sociedades libres. Si apoya a alguna filosofía política, es al conservantismo tradicional, no al liberalismo clásico, ya que da a entender que la ingeniería social reformista es proclive a tener consecuencias desestabilizadoras e impredecibles, cualesquiera sean las sociedades o regímenes a los que se aplica.

⁷ Véase Polanyi, *op. cit.*, nota 4, *supra*.

⁸ Véase, especialmente, G. L. S. Shackle, *Epistemics and Economics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1972).

En sus aplicaciones a las sociedades post comunistas en transición, la teoría hayekiana genera una multitud de ilusiones invalidantes. Sugiere que las instituciones de mercado emergen como resultados no planificados de las acciones humanas. Lo dicho, sin embargo, vale sólo para los mercados en sus formas más rudimentarias; las instituciones de mercado de las economías modernas no han surgido de esa manera sino que son artefactos de la ley y del Estado. Aquí, el análisis hayekiano de las instituciones de mercado delata otra generalización indebida: la experiencia inglesa —en la que las instituciones de mercado, a lo largo de los siglos, emergieron en virtud del desarrollo no planificado del derecho consuetudinario— se hace extensiva a las instituciones de mercado en todas partes. En todos los casos, las instituciones de mercado distintas de las más primitivas son creaturas de la ley: el contenido de los derechos de propiedad, las condiciones y limitaciones de la libertad contractual no son nunca hechos naturales sino artefactos del sistema jurídico. Sólo en Inglaterra, y en aquellos países a los cuales se exportaron las instituciones inglesas, las instituciones de mercado se formaron por la lenta evolución del derecho consuetudinario. En Escocia no las moldeó el derecho consuetudinario sino el derecho romano, que a su vez se imponía por decreto; en la Francia post revolucionaria y en sus extensiones departamentales y coloniales (incluso en el estado de Luisiana) fue el Código Napoleónico; en la Turquía de Attaturk, a través de la imposición autocrática del código civil suizo, y así sucesivamente. En verdad, al contrario de lo que sostiene Hayek, el caso inglés de establecimiento gradual de las instituciones de mercado a través de la lenta evolución del derecho consuetudinario es un caso limitante, no un ejemplo paradigmático.

Ninguna de las sociedades post comunistas tiene la libertad histórica para aguardar los resultados de siglos de evolución jurídica. Aun cuando la tuvieran, se podría pronosticar con confianza que la experiencia inglesa no se repetirá en ellas. En algunos países afortunados, como los territorios checos de Bohemia y Moravia, y tal vez en los Estados bálticos, persiste todavía el recuerdo histórico de las normas jurídicas anteriores al comunismo, y la práctica misma podría revivir, aunque modificada. En dichos países el regreso a las formas jurídicas tradicionales es tanto viable como apetecible, y carece de importancia el modelo hayekiano de la evolución, no planificada, del marco jurídico de las instituciones de mercado. En otros lugares, por ejemplo en Polonia, en Ucrania, y, sobre todo, en Rusia, es un engaño pernicioso. La infraestructura legal de una economía de mercado, ausente del todo en la mayoría de los Estados post comunistas, se puede crear en ellos solamente por medio de una legislación constructivista. Hoy ninguno de ellos dispone de una ley de propiedad ni de una ley de contratos

ni de un sistema bancario ni de un auténtico mercado de capitales. Si se adopta una política de "quietismo" jurídico, inspirada en ideas hayekianas relativas al orden espontáneo, podemos prever, en la mayoría de las sociedades post comunistas, una repetición de la experiencia rusa hasta la fecha, es decir, un ataque de privatización "salvaje", "espontánea" o "hayekiana", que no es sino el último episodio en la búsqueda de rentas por parte de la *nomenklatura*, en el contexto de un orden económico que se puede caracterizar mejor como un anarco-capitalismo propio de la mafia. Es muy improbable que una situación como ésta sea estable políticamente. Con ella se agudizará la sospecha popular, bien fundada en experiencias reales de mercados controlados por la *nomenklatura*, de que los intercambios de mercado típicos son transacciones explotadoras, de suma cero, y evocará la idea de un contragolpe político, de índole sindicalista, dirigista o autárquico, que buscará impedir el retorno del mercado.

Es cierto que, dadas las instituciones cuasi democráticas actuales, el proceso hobbesiano de apropiación de bienes productivos que inició la *nomenklatura* en Rusia posiblemente va a generar élites políticas rivales, dedicadas a explotar las quejas populares; a más largo plazo, persista o no una política de reforma de mercado, lo probable es que se abandonen las instituciones democráticas en favor de alternativas autoritarias. Es posible que esto ocurra en la mayoría de los Estados post comunistas, salvo en aquellos (como los territorios checos) en que hay fuertes tradiciones democráticas autóctonas, o como Hungría, Lituania y Estonia, que estuvieron bajo la hegemonía de países (Austria, Finlandia, Alemania) en los que dichas tradiciones están firmemente establecidas. Contrariamente a las expectativas triunfalistas de Fukuyama, el "pluralismo democrático" a la anglonorteamericana no se va establecer en ninguno de los países post comunistas. La interrogante es la siguiente: ¿qué tipos de instituciones de mercado y qué clase de sociedades civiles se van a establecer en las tierras post comunistas? Y, ¿existe alguna alternativa a aquellas derivadas del modelo hayekiano que sirva para guiar la transición?

El punto de partida de toda reflexión sensata sobre los problemas de transición en las sociedades post comunistas es que si bien ellas tienen la tarea de dismantelar el aparato comunista heredado, no existe un modelo único de sociedad civil ni de instituciones de mercado que luego habrán de adoptar. Tanto la sociedad civil como las instituciones de mercado se dan en

variados tipos. Las sociedades civiles han estado protegidas por una diversidad de regímenes políticos, con más frecuencia autoritarios que democráticos, y siguen estándolo: no hay un vínculo necesario ni sistemático entre las instituciones de una sociedad civil y la democracia política. Aquéllas pueden existir felizmente en muchas formas de gobierno. Cuando digo sociedad civil, me refiero a aquella estructura de instituciones autónomas que existen entre el individuo y el Estado, pero cuya forma se define y se exige por ley, en la que personas y comunidades poseedoras de propósitos y visiones globales diferentes pueden coexistir, en paz e igualdad, bajo el imperio del derecho.⁹ En todas las sociedades civiles, la mayor parte de la vida económica transcurre en las instituciones del mercado. La sociedad civil, y no la democracia liberal, es la negación efectiva del totalitarismo, el cual es un estado de *weltanschauung*, en que la nación y la economía se funden. Pero en nuestra época el totalitarismo no es el único enemigo poderoso de la sociedad civil; ésta tiene otro rival en el fundamentalismo.

También las instituciones de mercado son de diversos tipos, entre los cuales no existe uno ideal. Las instituciones de mercado del capitalismo anglonorteamericano muestran diferencias notables respecto de la economía social de mercado alemana y aún mayores respecto de las instituciones de mercado características de Asia oriental, en especial las de Japón y Corea del Sur. Difieren por cuanto a éstas no las anima una moral individualista ni dependen de la cultura legalista que permea las instituciones de mercado al estilo anglonorteamericano, especialmente en Estados Unidos. No carece de importancia el hecho de que en China continental el modelo declarado de reforma de mercado no es un modelo occidental, sino el de Corea del Sur. Lo dicho debe llevarnos a entender que el vínculo entre instituciones de mercado florecientes, por una parte, y una moral individualista junto con una sociedad civil basada en un modelo occidental, por otra, que para los pensadores escoceses era tan necesario como universal, no es sino un accidente histórico, incluso quizás de vida breve. No es menos importante comprender que las instituciones de mercado pueden existir, incluso prosperar, en ausencia de una sociedad civil. Arabia Saudita no es una sociedad civil, en ninguno de los sentidos que la expresión pueda tener, pero ¿quién podrá negar que su vida económica la gobiernan instituciones de mercado?

⁹ He analizado el totalitarismo y la sociedad civil en mi artículo "Totalitarianism, Reform and Civil Society", en E. F. Paul, ed. (Nueva Brunswick y Londres: 1990). Esta se incluirá también en mi próximo libro, *Post Liberalism: Studies in Political Thought* (Londres: Routledge) a publicarse en 1993.

Las instituciones de mercado presuponen la propiedad privada y el mecanismo del precio, y la protección de la ley para las libertades económicas; no presuponen, sin embargo, que la sociedad en la que las instituciones de mercado están insertas sea una sociedad civil. Puede haber una economía de mercado próspera, y las ha habido, en sociedades que tienen una religión oficial y que carecen de algo siquiera parecido a la igualdad ante la ley o de la mayoría de las libertades civiles. La idea de que las instituciones de mercado van a florecer únicamente en una sociedad civil carece de tanto fundamento histórico como aquella noción de que las sociedades civiles siempre acompañan a las democracias liberales o culminan en ellas. Basta recordar las civilizaciones moriscas para pensar en instituciones de mercado que florecen en ausencia de una sociedad civil; o bien, en nuestro tiempo, tomemos a Hong Kong como ejemplo de sociedad civil sin instituciones democráticas.

Estas consideraciones históricas y teóricas, al parecer recónditas, de hecho son muy pertinentes para las sociedades post comunistas. En la mayoría de ellas, los trastornos producidos por las reformas de mercado van a destruir las frágiles instituciones democráticas o bien desrielarán el proceso de reforma, o ambas cosas. La verdad esencial que hay que tener presente es que en las economías post comunistas la privatización y la mercadización, conforme a cualquier modelo occidental, tienen forzosamente que fracasar.¹⁰ Una cosa es privatizar cuando la mayor parte de la economía ya es una

¹⁰ Yo pronostiqué hace algún tiempo el fracaso de la *perestroika*. En el *Times Literary Supplement*, del 27 de julio de 1989, escribí: "Cualquiera que sea el resultado inmediato de las negociaciones en curso, se puede aseverar sin peligro que ni la división de Alemania en su forma actual ni la relación actual entre Alemania Occidental y la OTAN podrán sostenerse mucho tiempo. La postura política y militar de Alemania Occidental, en su estado actual, hace caso omiso tanto de las realidades históricas como de las legítimas aspiraciones alemanas de unificación; y las presiones en pro de un arreglo separado entre Alemania Occidental y la Unión Soviética son, probablemente, irresistibles (...). El lado sombrío de la disolución del arreglo de post guerra está en la perspectiva de (...) una Alemania Occidental desprendida de la OTAN sólo para heredar las industrias enmohecidas y los pensionados indigentes de la RDA". En *The Financial Times*, Londres, del 13 de septiembre de 1989, manifesté: "El peligro está en que la decadencia del sistema totalitario que construyeron Stalin y Lenin va a conducir, no a la reconstitución de una sociedad civil estable, sino a un caos creciente y al derrumbe económico (...). Si es así, lo que estamos viendo en la Unión Soviética no es una reforma a medio camino sino el comienzo de una reforma, cuyo curso nadie puede predecir". En octubre de 1989, en *Totalitarianism at the Crossroads*, señalé: (...) el totalitarismo comunista clásico ya está dando señales de debilidad (como en Bulgaria) e incluso Rumania puede que no resulte inmune al cambio o al derrumbe (...). El modelo de dicha perspectiva (...)

economía de mercado, como en Gran Bretaña o Nueva Zelanda; otra cuando la economía de mercado, especialmente en el sector industrial, es rudimentaria o la traban controles burocráticos. Y también es otra cuando, como ha quedado de manifiesto en Alemania Oriental, buena parte de las instalaciones que hay que privatizar carecen virtualmente de valor. La lección que debemos aprender de Alemania Oriental es que la mayor parte de la economía industrial heredada no se puede privatizar, sino sólo se puede liquidar, a un costo inmenso en cuanto a desempleo y trastornos económicos. Está claro que el absorber la economía en bancarrota de Alemania Oriental (mediante la liquidación de la mayor parte de ella) va a ocupar durante años buena parte del capital de la economía más fuerte de Europa. Este proceso no será factible de repetir en Rusia ni en Ucrania ni en Polonia, si bien alguna versión de él se podría aplicar en Bohemia y Moravia, o en Hungría. En consecuencia, en la mayoría de los Estados post comunistas las políticas de privatización según modelos occidentales van a fracasar, y ello acarreará la ruina de los gobiernos reformistas que las propician.

Si hay modelos occidentales para las economías post comunistas, el más adecuado puede ser el de Alemania de post guerra. Allí se comprendió, en un espíritu muy opuesto al de Hayek, que para crear una economía de mercado se necesitaba, por parte del gobierno, un acto constructivista de legislación.¹¹ Sin embargo, la Alemania Occidental de post guerra se encontraba en condiciones mucho mejores de transitar a una economía de mercado que la mayoría de los Estados post comunistas. Su sistema de derecho civil y comercial estaba en su mayor parte intacto; la memoria histórica de las instituciones de mercado seguía viva, y la *nomenklatura* nazi se encontraba casi totalmente dispersa o destruida. Incluso es probable que la devastación material de las plantas industriales facilitara la ejecución de la reforma de mercado que inició Erhardt, por cuanto había menos intereses creados que la impidieran. Son ventajas derivadas de la derrota catastrófica de Alemania en la segunda guerra mundial y de la relativa brevedad del

puede ser la Yugoslavia contemporánea, con sus difíciles conflictos étnicos, sus profundos problemas económicos, sus gobiernos débiles y populistas y sus tendencias crónicas a la desintegración política". En muchas ocasiones se tildó estas advertencias de alarmistas.

¹¹ Como observa T. W. Hutchison a propósito de Eucken: "El lanzamiento de la economía social de mercado fue un acto constructivista explícito y así tenía que ser". Y como lo expresa el propio Eucken: "Al sistema económico hay que darle forma conscientemente". Véase T. W. Hutchison, *The Politics and Philosophy of Economics: Marxists, Keynesians, and Austrians* (Oxford: Basil Blackwell, 1981), p. 17.

régimen totalitario nazi, ventaja que no posee ninguno de los Estados post comunistas. Cosa parecida se podría decir del Japón de la post guerra, aunque en la explicación del renacimiento económico de ese país tras la guerra gravitan sus tradiciones culturales particulares.

En consecuencia, incluso el modelo alemán tiene aplicación limitada en la mayoría de los Estados post comunistas, y por tal motivo parece improbable que algún modelo pueda llegar a resolver las singularidades históricas que deberán sortear las sociedades en transición. Cada una de ellas enfrenta la tarea de dismantelar los restos de las instituciones de planificación, así como la tarea de establecer instituciones de mercado. Cada una deberá improvisar como mejor pueda, de acuerdo a su propia situación. Si se sigue el consejo de Occidente, que hoy recomienda adoptar variantes de los modelos políticos y económicos occidentales, el resultado será desastroso en la mayoría de los Estados post comunistas y se correrá el riesgo de provocar en Rusia (y no sería la primera vez) una reacción antioccidental. Lo dicho es tanto más probable cuanto que en Rusia, así como en China, un régimen estable auténticamente post comunista tendrá por fuerza que apelar a los restos sobrevivientes de tradiciones culturales autóctonas más que a importaciones de Occidente. Más probable aún por el hecho de que en ambos países hay una percepción popular y política del período comunista como una época en que las tradiciones natales estaban subyugadas bajo ideologías de occidentalización. No es de extrañar, pues, que en China el modelo de reforma de mercado es Corea del Sur y no un país occidental, ni debe sorprendernos que se invoque la tradición autoritaria de Confucio y no un concepto occidental de sociedad civil, y tampoco será de extrañar que el próximo paso político de Rusia, luego del probable derrumbe del gobierno reformista post comunista, sea un régimen autoritario que apele a las tradiciones y precedentes culturales rusos y no a una ideología occidental.

Ningún programa de reforma de mercado puede tener éxito en Rusia, ni en ningún otro punto del mundo post comunista, en condiciones de desorden civil. Incluso donde la sociedad civil forme parte del programa histórico, la iniciativa tendrá que fracasar si no hay paz civil. En consecuencia, en muchos lugares de la antigua Unión Soviética, pero especialmente en la Federación Rusa, la primera tarea del gobierno será hobbesiana. En todos los Estados post comunistas, pero especialmente en Rusia, la paz hobbesiana es condición previa indispensable para lograr la reforma económica, pero se incurrirá en un grave error si se la busca mediante la adopción de dispositivos constitucionalistas occidentales o modelos occidentales de sociedad civil, carentes de apoyo en las tradiciones culturales locales. En ciertas

regiones musulmanas de la antigua Unión Soviética puede que el modelo más adecuado sea el de Turquía, donde el ordenamiento jurídico de una sociedad civil occidental se impuso por decreto. En otros lugares, cualquier modelo occidental de sociedad civil puede ser enteramente inapropiado. Si se trata de Rusia, ningún modelo a nuestro alcance, incluso los paradigmas de Asia oriental, es capaz de encarar la magnitud y la singularidad de los problemas de transición por resolver. Lo que está claro es que el modelo hayekiano relativo al surgimiento de las instituciones de mercado, que no es sino una generalización grandiosa de su desarrollo en un solo país occidental, tiene poco o nada que ver con las dificultades que hoy enfrentan las sociedades post comunistas en transición.

El error mayúsculo del modelo hayekiano del surgimiento espontáneo de las instituciones de mercado está en que su ejemplo original, Inglaterra, fue durante siglos una sociedad y una nación estables, donde los derechos de propiedad y las libertades contractuales recibieron su sentido a través de la lenta evolución del derecho consuetudinario. Ninguna de las sociedades post comunistas se encuentra en situación análoga. Las menos, y las más afortunadas, son aquellas en que es posible revivir tradiciones de práctica jurídica anteriores al comunismo. En las demás habrá que crear por decreto las instituciones de mercado, y, en la mayoría de los casos, el modelo menos inadecuado para dicha legislación constructivista no va a ser el angloamericano sino el alemán. En todos los casos habrá que optar, inevitablemente, por algún curso de acción para efectos de asignar los bienes productivos, y se precisarán leyes que definan nuevos derechos de propiedad.

Para llevar a cabo la tarea de crear nuevos derechos de propiedad y ejecutarlos, y para garantizar las libertades contractuales, los gobiernos necesitan un grado significativo de legitimidad popular y a la vez una capacidad de represión eficaz. Los fundamentos de estos poderes variarán de un país a otro, pero en ningún caso serán pertinentes, probablemente, los modelos de contrato social o constitucional. Sin excepción, los gobiernos de las sociedades post comunistas se verán obligados a vestirse con los harapos y vestigios de legitimidad que puedan rebuscar entre las ruinas de las tradiciones pre comunistas. En Rumania, todas las instituciones estatales son percibidas como ilegítimas, y sólo la restauración de la monarquía tiene alguna esperanza de recuperar la legitimidad; en Turcomenistán el

ejemplo de Attaturk tiene mucha fuerza; en los Estados bálticos, especialmente en Estonia, atrae el ejemplo finlandés, y así sucesivamente. El caso más difícil es el de Rusia, que no es un Estado-nación ni lo ha sido nunca, donde no sobrevive ninguna tradición pre comunista de gobierno legítimo y donde incluso la memoria histórica de la sociedad civil se ha perdido. En Rusia, ningún gobierno tiene la probabilidad de poseer ni la autoridad ni el poder suficiente para imponer una reasignación, en forma centralizada, de los bienes productivos que se habían socializado. El gobierno es demasiado débil y las mafias, unidas a elementos de los antiguos servicios de seguridad, son demasiado fuertes. En Rusia, incluso un gobierno autoritario tendrá que integrar estos intereses, en lugar de reprimirlos. Puede ser que en Rusia, donde incluso una paz hobbesiana sólo se puede garantizar con ayuda de una coacción organizada, no gubernamental, ciertas proposiciones hayekianas pueden resultar pertinentes: por ejemplo, la de las economías en competencia.¹² Es cierto que las perspectivas de establecer en Rusia un banco central, con facultades y autoridad para controlar la emisión de circulante en ese país, son remotísimas. Pero hasta la competencia hayekiana entre monedas presupone cierto grado de paz cívica.

En contraposición al modelo de Hayek, la escuela de Virginia¹³ percibe correctamente la necesidad de que en los países post comunistas haya un activismo jurídico constructivista y una paz hobbesiana. Se equivoca en su confianza en los dispositivos constitucionales como medio para tales fines, y en su suposición de que los reglamentos constreñirán a los gobiernos. En el mundo post comunista, como en otras sociedades, la autoridad de los gobiernos depende en parte de la eficacia que muestre en desplegar el poder coercitivo y de su capacidad de expresar las tradiciones culturales locales. La forma constitucional de gobierno jamás ha tenido una importancia determinante. En el mundo post comunista, la autoridad del gobierno y, por tanto, el éxito de los proyectos de reforma para avanzar hacia el mercado y a una sociedad civil, dependerán del grado en que los gobiernos se muestren capaces de ejercer el poder coercitivo de manera prudente y eficaz, y de la medida en que reflejen las tradiciones pre comunistas de sus pueblos. Si en alguna parte del mundo post comunista se

¹² Véase Friedrich A. von Hayek, *Denationalisation of Money: An Analysis of the Theory and Practice of Concurrent Currencies* (Londres: Institute of Economic Affairs, Hobart Paper, 1976); y Kevin Dowd, *The State and the Monetary System* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989).

¹³ Hay una introducción a la escuela de "Public Choice" de la Universidad de Virginia, en J. Buchanan y G. Tullock, *The Calculus of Consent* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1962).

establecen instituciones de mercado y, en algunos países, sociedades civiles, éstas no serán sino creaturas de gobiernos que gozan de una autoridad legítima. Aquella autoridad va a emanar siempre de los restos de tradiciones, nunca de conceptos occidentales relativos al contrato constitucional, y precisará siempre de un Estado de derecho, aunque la forma de éste variará; podrá ser marcial, podrá ser el *shariya* islámico. En estas materias, es muy poco lo que los países post comunistas pueden aprender de Occidente.

El modelo de Hayek es, en buenas cuentas, una suerte de anarquía legal benigna, una "catalaxia" legal, en la que están ausentes la coacción organizada, necesidad tan antigua como ingrata. Semejante anarquía puede ser imaginada en una teoría ideal,¹⁴ pero en la historia no hay ejemplos de ella. En el caso de Rusia, con su enorme complejo militar-industrial, en gran medida intacto pero en potencial desintegración, constituye una receta de caudillismo militar y anarquía nuclear.¹⁵ En la práctica, en las naciones post comunistas la legitimidad política va a depender de su aceptación popular y de las cambiantes coaliciones de los grupos de interés; la paz civil y las perspectivas de la sociedad civil dependerán del arte de gobernar y del arte político, no de la redacción de constituciones. Si se trata de construir una utopía neoliberal, los Estados post comunistas no van a tener éxito donde han fracasado todos los demás.

Para que tenga algún valor, el consejo occidental a las sociedades post comunistas no habrá de ser ideológico sino histórico. A esas sociedades no les hace falta que les recuerden los desastres del socialismo ni las ventajas de las instituciones de mercado. En cambio, necesitan que se les haga presente que hay distintos tipos de instituciones de mercado y de sociedades civiles; que todos ellos requieren de gobiernos legítimos y que deben buscar en su propia historia, anterior al comunismo, fuentes de legitimidad. En suma, necesitan que se les recuerde que la autoridad —que el comunismo virtualmente destruyó, así como lo hizo con el derecho— es indispensable. En este sentido, no es probable que se beneficien con el ejemplo contemporáneo de Occidente, en el que la autoridad también ha virtualmente desaparecido. Y ese ejemplo, antes que un modelo a seguir, es una advertencia importante a la que se debe prestar atención. □

¹⁴ Una anarquía de este tipo se contempla en el libro de Michael Taylor, *Anarchy and Cooperation*. Es lamentable que no tenga ninguna relación con el mundo real de Estados soberanos rivales.

¹⁵ No sería raro que, en ausencia de una paz hobbesiana eficaz en Rusia, la economía política de este país sea la del caudillismo de guerra, organizada en torno a los centros de producción militar; pero aquí no puedo explorar más a fondo esta perspectiva.